

## XIII.

Corre veloz la nave á impulso de un viento favorable. El capitán da en voz alta sus disposiciones, que son obedecidas ciegamente por la subordinada tripulación. Aquel hombre parece satisfecho de la buena fortuna que preside á su viaje. No se ve un punto en el horizonte: el ardiente sol de los trópicos se refleja en las aguas de un mar tranquilo y terso como una plancha de acero.

Verdad es que al cruzar el puente ha sentido el marino bajo sus piés un calor mas intenso que los otros días; pero el sol cae con toda su fuerza en aquel instante, y por mas que las aves acuáticas lancen al pasar entre la arboladura lúgubres chillidos, no lograrán hacer creer al capitán en la proximidad del peligro.

Viene la noche y el marino se acuesta.

De repente, uno de los marineros de guardia abre una escotilla, y al instante sube de la cala una nube de humo: el incendio está á bordo, y el buque, que un minuto antes surcaba magestuosamente el ancho Océano, se hunde en el abismo con su cargamento.

Algun tiempo despues, se descubre en la orilla un cuerpo humano, cubierto de gusanos: es el cadáver del confiado capitán.

## CAPÍTULO II.

**La salud pública.**

## I.

Ha sido necesario hablar del despotismo para dar de él alguna idea, puesto que, ostensiblemente, ha desaparecido de Europa: solo queda Rusia donde despliega todavía su lujo de tormentos y verdugos, no obstante que esta nación semi-salvaje, envuelta todavía en las tinieblas de la edad media, tiende á salir de su abyección aboliendo la servidumbre.

Derrotada en Crimea por su propia dicha, la Rusia ha comprendido por la prueba brutal de los hechos, que el despotismo destruye su propia condición de existencia, es decir, la fuerza militar; porque no es el fusil quien hace el soldado, sino el hombre. El patriotismo, el entusiasmo, el sentimiento del deber, todo esto falta á ese ente que no sé si llamar Ruso, Cosaco, Tártaro ó Slavo; á ese sér mutilado, incompleto y moralmente impotente. En las naciones libres el soldado tiene por móvil de su conducta el amor á la libertad, el de la patria, y su propio honor. El valor del ciudadano se calcula en proporción de las virtudes que le adornan, y puede decirse que cada una de estas hacen un nuevo hombre de cada soldado. Así se explica cómo siendo muy inferiores en número, los griegos derrotaron á los persas y los holandeses á los españoles.

El Austria misma reniega de su pasado: ¿debemos en vista de esto dar crédito á nuestros sentidos? La casa de Hapsbourg, esta enemiga hereditaria del progreso humano; esta dinastía secular, que hubiera querido petrificar el mundo á su imágen, empieza á recorrer la senda de la civilizacion, y ansía reconciliarse con la libertad, á la que tantas veces ha acuchillado.

Este cambio ha tenido lugar, porque á la luz del relámpago de Solferino, el emperador de Austria vislumbró al Dios desconocido, y porque la adversidad, rígida preceptora de los que no han sabido leer á tiempo en el libro de la sabiduría, ha venido á enseñarle que puede fabricarse una política mecánica con funcionarios autómatas; pero que este mecanismo mata instantáneamente la actividad de un pueblo y le arrebató su riqueza.

## II.

Ya no es el despotismo como institucion, sino el erigido en sistema el que puede causarnos en el dia alguna inquietud. Este género de gobierno no cuenta ya en Europa ningun defensor que por su habilidad y nombradía merezca ser refutado. De tres clases son los espíritus que aun se atreven á ensalzar sus beneficios.

Los primeros á falta de talento, buscan el escándalo. Cuando entre su escaso auditorio predicán las ventajas de un poder calcado sobre el de Moloch: «¡Admírame ó te mato!» dicen, y no obran á impulsos de su ferocidad, sino por pasar plaza de hombres enérgicos. De Maistre ha demostrado con su ejemplo el partido que puede sacarse, para la gloria personal, de la exaltacion del verdugo.

Los segundos, nacidos con alma de lacayo, han puesto su mano sobre el corazon, y han reconocido que poseian todas las cualidades necesarias para la servidumbre. Estos temen descender, bajo un régimen liberal, á la categoría de talentos de tercer orden, y á trueque de satisfacer su amor propio, hacen de la esclavitud su sueño dorado, con el único fin de hallar un teatro digno de su génio.

Los últimos, en fin, los mas hábiles en la profesion, especulan sobre una cosa que no se habia visto desde Cromwell, sino una sola vez en Polonia, bajo la dictadura de Muravieff, esto es, una nacion despedazada por sus verdugos con todas las reglas del arte. Los *tales seides* de la tiranía esperan participar en este *dies iræ* político de los despojos de las víctimas.

No de otro modo el carnicero, despues de degollada la res, introduce

en ella su desnudo brazo para arrancarle primero el corazon, despues la lengua, y colgándola luego de un clavo la divide en pedazos que reparte entre sus parroquianos. Entonces acuden arrastrándose los perros, con el objeto de devorar las piltrafas que les arrojan, ó lamer la sangre de que está teñida la cuchilla del matador.

## III.

Si el despotismo de legítima raza ha desaparecido de la escena política, existen motivos para creer que ha dejado tras sí un hijo bastardo, dispuesto á recoger su herencia.

Este bastardo es lo que llaman la *salud pública*, la cual tiene naturalmente por mision la salvacion del pueblo, empleando para ello todos los recursos que están á su alcance, ora en nombre de la libertad, bien tomando por pretexto la conservacion del orden. La Revolucion francesa nos ofrece todos los datos apetecibles sobre estos diferentes sistemas de *salvacion*.

## IV.

Si hay una fecha memorable en la historia, es la de 1789, en que la Francia proclamó el derecho moderno. El derecho estorbaba al privilegio: este formula su protesta; muéstrase descontento, y se apresta á la resistencia. Empero, ¿qué podia un puñado de discolos contra toda una nacion?

Pero la nobleza emigra; arde la Vendée en el fuego de la insurreccion; Pilnitz desafía á la Revolucion triunfante, y esta pierde el sentido; duda de sí misma; apela á la *salvacion pública*, y confía á la dictadura el cuidado de su propia defensa. Que ella destituyera al rey, nada mas justo. Derrotado el monarca, y condenado á hacer centinela á la puerta del vencedor, hubiera sido objeto de desconfianza, y no podia menos de hacer traicion á la causa del pueblo: pero, ¿á qué matarle? Bastaba acompañarle y dejarle al otro lado de la frontera.

El 10 de Agosto, la Francia, hasta entonces unida, se divide en dos bandos, realista el uno, republicano el otro: este último se encarga de llevar en lo sucesivo todo el peso de la Revolucion. Con la caida de la monarquía, el peligro aumenta, y las fuerzas de la Revolucion disminuyen. Los extranjeros han pisado la frontera: la bandera negra ondea sobre el Puente-Nuevo: el cañon de alarma dispara de minuto en minuto. «Es necesario intimidar al enemigo en el interior,» dice Danton, y las turbas

poseidas de una especie de *delirium tremens*, asaltan las cárceles y asesinan los prisioneros.

La Convencion, elegida entre el vapor de la sangre y durante las escenas de Setiembre, se establece en el desocupado palacio de las Tullerías; pero no bien celebra su primera sesion, las opiniones de los diputados marcan una línea divisoria en la Asamblea: de un lado la Gironda, del otro la Montaña. Danton trata de unir los dos partidos; mas el viento se lleva sus palabras. La Gironda niega su apoyo á Danton, porque entre ella y él media la sangre derramada en la plaza de la Abadía.

Hé aquí al partido republicano reducido á la mitad: la Montaña tendrá á su cargo todo el peso de la Revolucion. La Gironda interpone obstáculos: ella irá al cadalso. No obstante, la Gironda no solamente representaba un partido, sino que era tambien el intérprete de un sentimiento inherente á todos los hombres, hasta á los Jacobinos. Mas tarde este partido resucita con el nombre de moderantismo, y el Tribunal Revolucionario envía á su vez á Danton á la Conserjería. La Montaña se subdivide en varias fracciones, y una de ellas se encarga de atender por sí sola á la salvacion de la República.

La carnicería humana del Terror acaba por infundir espanto hasta á los terroristas. Al levantarse estos hombres cada dia, se preguntaban unos á otros: «¿Viviré mañana?» Los mas horribles acontecimientos se habian sucedido por orden riguroso. El tribuno favorito del pueblo heria á su colega, y entregaba el hacha á un tercero; este ajusticiaba á su antecesor, y á su vez caía tambien sobre el cuerpo de su víctima.

El 9 Termidor proyecta una reaccion; mas conservando el mismo sistema, se contenta con un cambio de personas. El Terror prosigue en inverso sentido: el moderantismo á su vez guillotina al terrorismo.

El Directorio sucede á la Convencion, y procura hacer retrogradar la Revolucion á su punto de partida; pero diezmados sus secuaces por el Terror, consideran el liberalismo del Directorio como un acto de debilidad, y solo aceptan la libertad para derribar el poder que ha hecho independiente al pueblo francés. Espantado el Directorio, contesta á la conspiracion del partido reaccionario con el golpe de Estado de Fructidor. Empero, Fructidor no es sino el antecesor de Brumario. Es el líctor que abre paso al cónsul: ¡*vi, victor!*

## V.

Tal es el hecho; examinemos la doctrina.

Una vez desterrado el reinado del Terror, cierta escuela se ha encargado de defender este sistema. Ya que se coloca la cuestion á la orden

del dia, será preciso aceptar el reto que nos dirigen sus partidarios: tiempo es ya de derribar para siempre la guillotina, y de acabar con esta máxima elástica de la *salud pública*, máxima de que todos suelen echar mano para conseguir sus fines.

Si quizás, por nuestro buen deseo, hubiésemos adquirido algun título para alcanzar el don de la persuasion, pediríamos al cielo ó al infierno lo aumentasen mas y mas, á fin de ilustrar á nuestros correligionarios: tanto esta cuestion del Terror, bien ó mal resuelta, nos parece ser de vida ó muerte para la democracia. El pasado ejerce siempre cierta accion sobre el presente. Juzgar de lo que ha sido, es preparar lo que será. Juzguemos bien: el porvenir nos espera.

## VI.

En primer lugar, y como por incidente, debemos decir que no consiste el génio en servirse del Terror, y sí en abstenerse de él. ¡Matar al adversario! ¿Qué es esto? ¿Dónde está el mérito de la victoria? Es el arte en la infancia; la política del salvaje. Una opinion cualquiera constituye un elemento de la sociedad, y forma parte integrante de la ecuacion propuesta. La política que suprime un problema, no lo resuelve; prueba tan solo su incapacidad de llegar á la solucion.

En descargo del Terror, se dice que él salvó la Revolucion. ¡La Revolucion salvada por la mano del verdugo! Tanto valdria haberla dejado perecer. No obstante, no debemos pagarnos de una mera palabra; esta no tiene mas valor que el de la idea que representa, ¿y qué idea se habia propuesto realizar la Revolucion? La idea del derecho, ¿no es cierto? Derecho de pensar, derecho de hablar, derecho de emitir su voto, y sobre todo el derecho de vivir, el primero de todos los derechos, tanto bajo el régimen republicano, como estando sujeto el ciudadano al cetro de un monarca.

Los hombres del *Juego de pelota*, tomaron á su cargo la iniciativa de la Revolucion, solo porque veian en ella el reinado de la justicia.

Ahora bien: violar la justicia so pretesto de salvar la Revolucion, ¿qué es sino dirigir el efecto contra la causa, y conservar la palabra degollando la idea?

## VII.

La Convencion, sin duda (debemos hacerla esta justicia), queria dar á la Francia una constitucion republicana, fundada sobre el principio de

la soberanía del pueblo, ejercida por sí mismo, y no por medio de procurador. Si declaró la Francia en estado de sitio, fué en un exceso de desesperación; esta medida, sin embargo, no tenía otro carácter que el de la interinidad: debía subsistir durante la guerra civil, y acabar una vez estuviese restablecida la concordia.

Precisamente era el estado provisional de la dictadura lo que la condenaba á la impotencia. El despotismo tiene la pretension de poner los siglos al servicio de su poder: como gobernaba ayer, seguirá gobernando mañana, y al recordar los años que lleva de reinado, desvanece de antemano todo proyecto de reivindicación. ¿Qué recurso queda contra lo inmutable? Romperse la cabeza contra una muralla.

Empero, cuando una revolución, hecha en nombre de la libertad, suspende esta para restablecerla mas tarde, entonces, lejos de desarmar á sus adversarios, no logra sino incitarles á la resistencia; porque saben que mas ó menos tarde debe llegar el día de la dictadura, y aguardan este día luchando encarnizadamente.

Así, la arbitrariedad, principio fundamental del despotismo, no es mas que un espediente para la democracia. Falso en su esencia este principio, bajo el punto de vista democrático, encuentra no obstante una especie de disculpa en la supuesta necesidad que hay de preparar al pueblo para la libertad, y abdicar luego en su favor el poder soberano.

## VIII.

¿Háse pensado bien este sofisma? Aspirar á un fin por medios contrarios; dirigirse á un objeto volviéndole la espalda: tal es el argumento en toda su pureza. Pero el término de la dictadura no puede calcularse reloj en mano: su duración es independiente de la voluntad: no es posible sujetarla á un tiempo determinado de existencia, como se pone fin al saqueo de una ciudad tomada por asalto con un simple redoble de tambor ó un toque de corneta.

Cuando se sale de la libertad por la puerta del terrorismo, no es ya posible reingresar en ella. La Revolución acudia al verdugo solo para esterminar la reacción. Pues bien, traduzcamos en guarismos la reacción, para determinar su fuerza. La supongo representada por *cuatro*, mientras la nación lo era por *doce*. Esta sencilla hipótesis, nos conducirá á la resolución del problema.

Ahora, que la dictadura hiera, fusile, deporte, confisque; que pisotee todos los derechos; que desprecie todos los escrúpulos, todas las garantías, todas las leyes divinas y humanas, está bien; puede hacerlo,

porque tiene la fuerza. Pero, ¿creerá tal vez haber reducido el número de los que se le oponen? Habrá disminuido este número, es cierto, aumentando las víctimas; mas en honor de la naturaleza humana debe decirse, que la fuerza de la opinión se habrá triplicado: *cuatro* era el número que representaba hace un momento, y ahora representará *siete*, *nueve* ú *once*, y esto porque acudirán sucesivamente á formar á su lado todos los que aun conservan en el pecho un resto de amor á la justicia.

De este modo, á medida que prosigue derribando cabezas, la dictadura verá luego hasta á su propio partido volverle la espalda horrorizado, y separarse de ella con dolor; porque la justicia es un vínculo de unión entre los hombres, y la violencia no sirve sino para romper este vínculo. El jacobinismo echó, pues, un mal cálculo: eligió la dictadura con el único fin de postrar la reacción á sus plantas; pero lejos de conseguirlo, sirvióle de escabel para escalar el poder, prestándola además toda la fuerza de sus propios principios.

## IX.

El Terror aumentó siempre el peligro que se proponia evitar. Apetecia la abolición de la monarquía, y en su ciega cólera la confundió con la persona del rey; sentenció á este en juicio verbal; arrastróle á la plaza pública; lo sujetó debajo de la fatal cuchilla; cayó esta, y ¿qué sucedió luego? El rey habia dejado de existir; pero, ¿acaso habia muerto con él la idea, de la cual, en último término, era el representante? ¿Acaso la monarquía entera cabia en aquella cabeza separada de su tronco, que el verdugo Sanson acababa de arrojar en su cesto? ¿No sobrevivirá esta idea por todas partes donde haya un corazón que rinda culto á la monarquía?

El terrorismo habia herido de muerte al sér humano llamado Luis XVI; pero no le fué dado sacrificar al mismo tiempo al sér místico designado con el nombre de partido realista. Con la muerte del rey no logró mas que escitar en este partido el interés de la compasión. La república no tendrá ya derecho á equivocarse; porque cada una de sus faltas redundará en beneficio de la popularidad de la monarquía. Siempre que sus pasos resbalen en la anarquía, aparecerá el fantasma de ese rey guillotinado, y enseñando su ensangrentada cabeza, demandará venganza. Después de esto, conseguido el efecto teatral, caerá rápidamente el telón, dejando horripilados á los espectadores.

## X.

Por la misma razón que el Terror había confundido al rey con la monarquía, confundía también la oposición con el tribuno. Decapitando al orador, creía acabar á un tiempo con su partido; pero este partido no eran ni Bailly, ni Barnave, ni Brissot, ni Vergniaud: era el derecho despreciado, la vida amenazada, la propiedad inquieta, la conciencia injuriada. El terrorismo podía ahogar con un flujo de sangre en la garganta de un orador una palabra de oposición; empero, ¿podía acaso hacer lo mismo con la indignación concentrada de todo un partido?

Así, el día en que encargó á la guillotina la impugnación de algún talento oratorio, debió necesariamente suceder, que de suplicio en suplicio, tuvo que refutar los argumentos de la Francia entera con el filo de la cuchilla. Cuantas más cabezas cortaba para destruir obstáculos, más resistencias se creaba con sus ejecuciones en masa; porque en nuestras modernas sociedades se encuentran las existencias tan solidariamente unidas entre sí, que herida una de ellas todas se resienten á la vez.

El Comité de Salud pública decapitaba la dignidad real, y no era esto suficiente para alcanzar sus fines: caía bajo sus golpes la Gironda, y tampoco bastaba: mataba á las mujeres, á los niños, á los ancianos, y no lograba su objeto: ametrallaba, ahogaba en el Océano, ó como se decía por eufemismo, *deportaba perpendicularmente*, y tampoco lograba su objeto. La opinión rugía en silencio, indignada á la vista de tanta carnicería, y amenazaba hacer justicia.

A fuerza de herir ciegamente, á derecha é izquierda, á amigos y á enemigos, á todo lo que la cólera del momento venía á colocar bajo el filo de su cuchilla, el Terror acostumbraba insensiblemente al pueblo á los espectáculos sangrientos. La muchedumbre no reconoce una idea sino es por el nombre de algún personaje asociado á la misma, y suele ignorar sobre qué cabeza descansa la Revolución.

«¡Pueblo imbecil! decía Danton en el momento de subir á la fatal carreta: ¡gritará viva la república cuando me vea pasar!»

Y en efecto, el pueblo gritó: ¡viva la República! al morir Danton: ¡viva la República! al morir Robespierre. Acostumbrado á confundir la fuerza con la República, consideraba siempre á esta al lado del vencedor, y victoreaba ciegamente al último que se le presentaba.

No faltó quien se aprovechara de este error.

## XI.

Empero, aun ha hecho más el Terror: ha despojado á la Revolución de la aureola de gloria que supo conquistarse en sus primeros tiempos. La democracia, lo mismo que la monarquía, necesita prestigio. Esta última trata de alcanzarlo con el recuerdo de su antigüedad: la República lo busca en el talento de sus hombres de Estado. Si quiere tener una representación en el mundo, es indispensable que infunda respeto en su derredor, y lo logrará colocando al frente del pueblo hombres dignos y conocidos, en virtud de los cuales y por los cuales el pueblo se sienta crecer, y contemple con orgullo su propia imagen.

En efecto, ¿qué sucedió tras la reglamentada carnicería del Terror? Que la República, desprovista de los notables oradores que constituían su corona, dejó libre el campo al único hombre notable que apareció en aquel momento.

Y cuando apareció, pudo aventurar sin temor cualquiera empresa; lograr cuanto quisiese, porque ya no había en Francia caracteres enérgicos: el Terror los había destruido todos. Quería educar la Francia para la libertad, y para llevar á cabo esta obra tres veces santa, hizo vibrar la cuerda del temor, aquella que ni reflexiona ni raciocina; que atemoriza al pueblo, y que para inspirarle el sentimiento de su grandeza, le enseña á reinar temblando. El éxito, en verdad, fué demasiado completo. Tanto se aterrorizó al país, que el Terror, cuyo reinado debía limitarse al tiempo del peligro, se estralimitó hasta el punto de dejar marcado su sello sobre el semblante de nuestra generación.

En aquella época las madres, ó mejor diremos, las viudas, despavoridas por los lúgubres clamores del matadero, daban á luz á sus hijos temblorosos y siempre dispuestos á palidecer de espanto al escuchar solo la palabra *democracia*.

Estos hijos aceptarán en el mundo toda clase de servidumbre, con preferencia á la parte de soberanía que les corresponde, porque detrás de la soberanía nacional, se les aparece siempre, á causa de la natural enfermedad de que adolecen, el sangriento cadalso del Terror. ¿Qué hizo, pues, el Comité de Salud pública? Para alejar el peligro de una hora, destruyó el porvenir del pueblo.

## XII.

Mas, ¿á qué tanto raciocinar contra el Terror? ¿Acaso el grito de la conciencia no le condena de antemano, como la depravación de toda idea